

Héctor García

Testigo a la intemperie

Humberto Musacchio

La fotografía ha sido una de las artes más cercanas para comprender nuestra identidad. Héctor García (1926-2012) fue sin duda uno de los exponentes más importantes de este arte fugitivo. Humberto Musacchio recorre su obra y nos ofrece un homenaje al gran artista que tuvo como musa a la Ciudad de México.

En la Ciudad de México, de la que fue amante irrenunciable, murió Héctor García (1926-2012) después de un largo padecimiento que lo mantuvo en casa, injustamente postrado en el lecho o atado a la silla de ruedas, inmóvil casi, a él, infatigable trotamundos o “Pata de Perro”, como se llamaba a sí mismo.

De sus seis décadas de fotorreportero, deja una amplia colección de tomas que son memoria gráfica y jirones de nuestra identidad. En ese dilatado trayecto aportó un conjunto de imágenes capaces de trazar un insustituible retrato de México y los mexicanos. Su obra es testimonio clave de la segunda mitad de nuestro siglo XX, pero es también un fundamental aporte al patrimonio cultural: es documento y es obra de arte, pues sin renegar de los valores estéticos, las gráficas de Héctor muestran su respeto por la diaria epopeya asalariada tanto como su gusto por las estampas de arrabal, las escenas marcadas por la picardía o sus homenajes al genio y a la belleza.

Rendir un buen testimonio gráfico hubiera sido suficiente para ocupar un lugar en la mejor historia de nuestra fotografía, pero Héctor, con su sentido de adivinación, “se anticipa a las imágenes y las provoca, las sueña o las inventa, las cristaliza: las crea”, como dice el poeta Dionicio Morales en uno de los mejores textos que se han escrito sobre nuestro fotógrafo: “otras veces

las figuraciones lo eligen a él para perpetuarse”, seducidas por este mago que “cicatrizaba la luz y convoca a las sombras y decreta su permanencia”.

Legítimamente, todo fotógrafo aspira a captar una imagen que se quede en la conciencia y en el gusto de la gente. Héctor García nos dejó decenas de gráficas que hablan elocuentemente de su talento y de su tino para estar en el lugar de los hechos en el momento justo. Entre esas tomas que ya forman parte de nuestro inventario iconográfico se cuenta su *Tláloc*, que data de cuando el centro de la ciudad se inundaba; sus *Cargadores y diablos*, prodigio de la mirada que pudo armonizar las inopias terrestres con la estética del ojo privilegiado; el *Nacimiento de Neza*, donde, con el Ixtaccíhuatl al fondo, despliega la danza inmóvil de los postes de luz; la retadora *Celestina* de la Candelaria, el viejo revolucionario conocido como *Cartucho quemado*, su *Noche de muertos en Janitzio*, *Los fantasmas de palacio*, *Nuestra señora sociedad* o *El grito en el Zócalo*, foto, esta última, donde aparece la María de su corazón comiendo buñuelos. Otras imágenes inevitables, clásicas, son su *Adelaido el conquistador* o la gráfica del porrista *Palillo* en lo alto de una escalera en pleno Zócalo.

En la memoria colectiva figura *La Mafia en La Ópera*, espléndida fotografía donde aparecen en actitud de cons-

piradores Carlos Monsiváis, José Luis Cuevas, Fernando Benítez y Carlos Fuentes, una gráfica que ya pertenece a la historia literaria o por lo menos a nuestro anecdotario cultural. Menos conocidas, aunque muy merecedoras de celebridad, son tomas como la de Diego Rivera sustituyendo el “Dios no existe” de Ignacio Ramírez en el mural del Hotel del Prado, o esa otra en la que aparece un Agustín Lara extraño, como afectado por una sustancia prohibida. Curiosos, aunque sin la calidad propia de Héctor, son los retratos de Pedro Infante o uno que ha merecido como homenaje en la reproducción innumerable de la piratería: una de Tin Tan bajo la regadera mostrando su bien dotada masculinidad.

Igualmente magistrales son tomas como *Arte y realidad*, *El vendedor de milagros*, la del edificio semides-truido por el sismo de 1957 o la del campesino maya coronado por las espinudas hojas del henequén. De un alto rango plástico son fotos como una de las torres gemelas de Nueva York en plena construcción, el *Pescador pescado* de Pátzcuaro o sus *Trabajadores del petróleo*. Menos populares, aunque espléndidas, resultan las imágenes de la serie sobre China; *Las tentaciones del pope*, tomada en Atenas en 1975; o esa otra, también captada en Europa, en la que dos niños atraviesan una calle mientras cargan un ataúd.

Un aspecto emblemático del trabajo de Héctor García es lo que Alfonso Morales llama “la infancia desperdiciada en vecindades, mercados y banquetas”. Muchas de las más emocionantes fotos de Héctor tienen a esos ángeles sin alas como protagonistas. En algunos casos se trata de niños felices, pero generalmente son niños proletarios, abandonados, inermes, dejados a la maldad del mundo, como el que aparece en la imagen dolorosa de *El niño en el vientre de concreto*, donde un chamaco duerme o se oculta en el hueco en la pared, o aquella otra foto, llamada *Sueño inocente*, en la que un escuincle proletario aparece como olvidado en la defensa de un automóvil que, para mayor contraste, es un reluciente Cadillac. En otros casos, son chamacos que trabajan, como su excelso *Niño del machete*, representante de esos obreros involuntarios privados de juegos y de escuela, niños héroes sin pedestal y sin esperanza. *El niño del machete* es el retrato captado en el ingenio de Atencingo de un pequeño cortador de caña integrado con el mural de la zafra que está a sus espaldas, lo que da por resultado una composición magistral.

A esos pequeños próceres del esfuerzo pertenece también *El niño de la hoja*, aquel que se protege de la lluvia con una hoja de plátano y al mismo tiempo suda en el bochorno veracruzano. Toda la ternura del artista está en *El ojo insólito* de la mujercita envuelta en un rebozo, en la gráfica sin nombre que muestra el infinito desamparo de un chamaco que se ha orinado en los pantalones o el niño lépero de *Caracolitos*, que bien pu-

do ser Héctor García de chamaco: retador, burlón, parado frente al mundo en medio de la barriada.

Una historia particular tiene *Paso a la luz*, una de las más afortunadas tomas del artista en la que aparece una niña corriendo hacia el sol mientras cruza una puerta de piedra en forma de llave. Cuando trabajábamos en la sección cultural del viejo *unomásuno*, si Héctor no había cumplido las órdenes de redacción me desarmaba llevando material de archivo. Así llegó a mi mesa una foto del ya para entonces lejano 1963. En ese cuadro el fotógrafo capturó un momento del día con un perfecto equilibrio de claros y oscuros, la mocosa como un ángel plebeyo corriendo más de felicidad que de prisa con un muro al fondo en el cual está una puerta que resultó situada en el centro de la composición. Un encuadre perfecto, un hallazgo que se reserva a los iluminados... Cuando vi la foto fui presa de un encantamiento. Algo me tocó porque no pude evitar que los ojos se me humedecieran. Héctor miraba sobre mi hombro y cuando me volví hacia él noté que también lloraba y ahí nos dimos un abrazo.

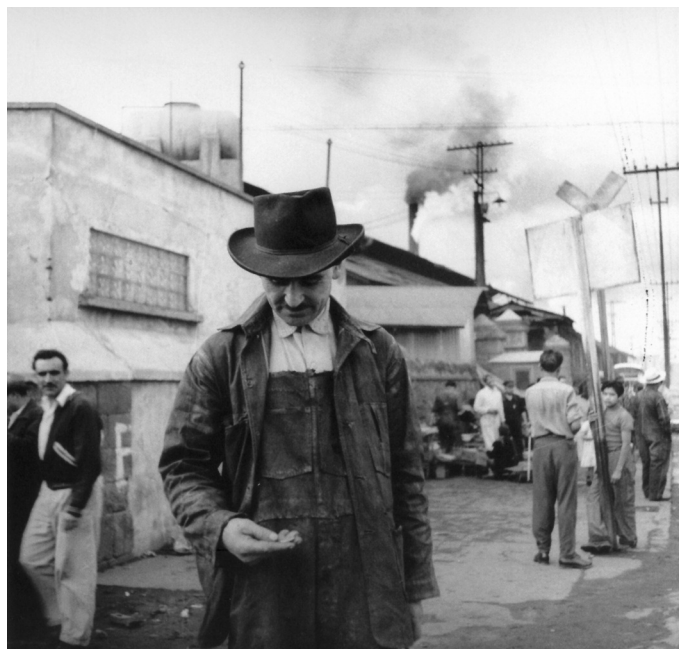
Por décadas, Héctor García fue un buen reportero gráfico, bravo y entrón, de esos que pasan sobre quien sea o lo que sea antes que perder la nota. Recuerda Rodrigo Moya que en los años cincuenta, cuando los equipos estaban lejos de ser ligeros, los fotógrafos se amontonaban en el camión que seguía al presidente de la República o a los dignatarios extranjeros. En esas ocasiones, estar cerca de Héctor era un peligro, pues con su corpulencia fácilmente desplazaba a los colegas cercanos y uno de sus bien calculados *caballazos* solía mandar al pavimento al que se descuidaba. Aquel fotorreportero es el que congeló grandes momentos de las luchas ferrocarrileras o del movimiento magisterial de fines de los años cincuenta, el mismo que retrató las manifestaciones de 1968 y los inicios de la matanza tlatelolca.

La gente acostumbraba a subirse al Caballito para ver el paso de los desfiles en el cruce de la avenida Juárez, Bucareli y el Paseo de la Reforma. No son pocos los hombres de cámara que han captado la escena, pero ninguno ha logrado igualar la fuerza de una foto de Héctor que recogió a decenas de jinetes sobre el caballo de Tolsá o parados en el pedestal, con el arco del Monumento a la Revolución como fondo perfecto.

La iconografía de nuestro artista cuenta con decenas de tomas indispensables que se han convertido en auténticos lugares comunes de nuestra fotografía. Sobre ellas vuelven repetidamente otros profesionales de la cámara como si fuera una obligación bañarse en las mismas aguas del río de luz que antes navegó Héctor. Esas fotos las han recreado varias generaciones de fotógrafos, algunos de los cuales lo han hecho con un talento que hace honor al maestro. Cito, para fines de ilustración, su *Judas de Iztapalapa* en donde el protagonista



Héctor García, Plaza de la Ciudadela, 1958



Héctor García, La vida de un ferrocarrilero, 1951

no es el apóstol traidor, sino el gentío sufrido que cada año da pretexto para encuadres parecidos que resultan todo un homenaje, especialmente uno de Marco Antonio Cruz que del Judas sólo muestra la parte inferior de las piernas. Importa detenerse en esta foto porque cada año, durante los días de Semana Santa en que parafraseando a Alfonso Reyes se carece de “electricidad informativa”, los periódicos capitalinos tienen que atenerse al rutinario material que les proporciona el atiborramiento de balnearios y sitios de recreo o la representación del Viernes Santo en Iztapalapa. En ese caso, sólo los periodistas con imaginación pueden hacer algo diferente, y Héctor lo hizo.

Si Héctor podía hacer tales cosas fue por sus dotes de artista, pero también, y a mucha honra, porque era un fotógrafo de prensa, de los mayores en el oficio, uno de esos que sientan precedentes para la profesión, que abren camino. En los diarios se confina a la fuente policiaca a los aprendices o a quienes nunca aprendieron. Es también un área de castigo por donde Héctor, siempre rebelde, pasó más de una vez. Pero los genios del fotoreportaje brillan en cualquier tarea. En su breve y sustancioso prólogo al libro *Héctor García* (Editorial Turner, El Equilibrista, Conaculta, Madrid, 2004), dice Susan Kismaric que para ella hay tres fotografías particularmente convincentes y cita una, “la del hombre no identificado que señala una enorme mancha de sangre sobre la acera”. La gráfica encierra “una narrativa elíptica (que) proporciona unos cuantos elementos, pero su mensaje no puede eludirse ni malinterpretarse”. Esa gráfica es una rotunda lección de fotografía policiaca. En lugar de llevar a la redacción la imagen obvia del cadáver u otras truculencias, Héctor confía en la inteligencia del lector y le ofrece simplemente una sugerencia que hace innecesario decir más.

Las fotos de Héctor García son contundentes, pero en todas le corresponde al lector, al espectador, completar la historia. Las imágenes hablan del esfuerzo humano, de las ignotas hazañas del sudor, de la incertidumbre en que se desenvuelve la existencia. Nacho López contaba que alguna vez su colega dijo que él rescataba a sus personajes del “basurero de la humanidad”, donde los había confinado el sistema. Ignoro si la expresión es afortunada, pero lo cierto es que Héctor era de los que “bajan a la Gloria”, de los que hurgan en los ámbitos donde germina la dignidad del trabajo, de los que ejercen su libertad en el mundo de la necesidad.

Nuestro fotógrafo ejerció también como el pícaro que se mete a husmear en los camerinos, pues fue siempre admirador de la belleza y levantó monumentos a las divas de los espectáculos, un ser humano que cogió y recogió la vida del legendario callejón del Órgano, el mismo que inquietos y temerosos recorríamos los estudiantes de secundaria desde Santa María la Redonda hasta la avenida Peralvillo en medio de dos hileras continuas de accesorias en las cuales mostraban sus encantos las hetairas que trabajaban bajo el infaltable cuadro del Sagrado Corazón.

El fotógrafo entraba ahí buscando saciar algo más que su capacidad de asombro. Fue en todo momento el impertinente que lograba fotos pertinentes. Un testigo a la intemperie que retrataba la vida y los rostros de una ciudad en movimiento perpetuo y permanente cambio. La urbe que le habla a quien le presta oídos y le muestra sus desnudeces a quien sabe mirarla y admirarla, al que despliega su instinto para capturar momentos y situaciones, algo que le permitió a Héctor García hacer escuela en un género que ya era conocido, pero que hasta entonces no había tocado el cielo, como sí lo hizo con él, que llevó a las alturas lo que ahora conocemos



Héctor García, *Payasito callejero*, 1950



Héctor García, *Entre el progreso y el desarrollo*, 1950

como fotografía de “vida cotidiana”, una parcela del oficio que por fortuna hoy tiene grandes cultivadores entre los reporteros de prensa.

Héctor fue también un cabal dominador del retrato, género al que ha dado algunas obras maestras, como su poderoso *Siqueiros en Lecumberri* o un *Dr. Atl* harto de las erupciones de Nahui Olin y de los volcanes. Un detalle a observar en las imágenes de creadores son las manos: Siqueiros pone la suya delante de las rejas, como un anticipo de libertad; las de Frida Kahlo reposan mostrando los dedos profusamente anillados; en la de Orozco el foco está precisamente sobre su única mano; en otra Diego y su hija Ruth parten un hueso de pollo con las manos en primer plano; Katy Jurado oculta el rostro tras de las palmas y en Carlos Chávez el foco está también sobre los instrumentos de carne y hueso con que dirige la orquesta.

Durante muchos años la realidad puso a Héctor frente a la misma materia retratable de que disponían sus compañeros, pero de la que no todos lograban captar la información —requisito primero del fotoperiodismo— y de la que todavía menos eran capaces de extraer belleza. Todos operaban bajo la misma presión al hacer sus encuadres, al seleccionar sus formatos, al percibir las condiciones de luz y determinar “a ojo” la apertura del diafragma, el tiempo de exposición y todo aquello que las cámaras digitales han convertido en historia. Además, en el infaltable tumulto de los fotógrafos de prensa había que tener pulso firme, buen equilibrio y colmillo para no dejarse ganar el lugar o para conquistar otro mejor.

En 1977, Héctor García regresaba ya de todas las batallas y era una leyenda cuando fue nombrado jefe de fotografía del viejo *unomásuno*, aquel diario en el que, su director, Manuel Becerra Acosta, puso a competir los textos con las fotografías y por primera vez en nuestra prensa se le dio crédito a los autores de todas las grá-

ficas de mérito. Héctor no era precisamente ducho para las cosas administrativas y lógicamente tuvo problemas con los otros fotógrafos, todos más jóvenes y algunos apenas en formación. Sin embargo, en medio de las dificultades propias de un diario que empieza, Héctor supo transmitir a su tropa el arrojo de que siempre hizo gala, legó a aquellos muchachos su ejemplo, sus mañas y sus moños para que cobraran conciencia cabal de la dignidad de su oficio. Hizo de ellos fotógrafos cumplidores, perros de presa bien apreciados en la redacción por su valentía y porque hasta muertos iban a cumplir la orden del día con la ambición de ganar primeras planas. En medio de pleitos, competencia feroz y un aprendizaje acelerado, aquel grupo acabó por ser una de las mejores orquestas de cámara que haya dado el periodismo mexicano.

Todos crecieron con Héctor, pero él siguió siendo un gigante. La razón está en que el suyo es un camino que muchos recorren, pero en el que muy pocos encuentran. Se trata de una búsqueda consciente y en la que deben invertirse todos los recursos, pero que sólo arroja buenos resultados cuando se tiene duende, ángel, chaneke o como se quiera nombrar a la sustancia que llevan en el alma los elegidos, los artistas verdaderos, los domadores del fuego.

La naturaleza es básicamente injusta y repartió el talento en forma por completo antidemocrática. Lo puso en unos pocos y a los demás nos permite apenas gozar con los logros de esos privilegiados que enorgullecen a un gremio, a un país, al género humano. En el caso de la fotografía, pocos son los que poseen el “ojo de Dios” al que llegó a referirse Héctor, esa mirada como adquirida en otra dimensión que permite ver lo que al resto de los seres humanos alguien nos tiene que revelar. A Héctor, que algo de huichol adquirió con Fernando Benítez en sus viajes al Nayar, le fue conferido ese Ojo de Dios con que nos seguirá iluminando. **U**